



Tan en serio se tomaba el Evangelio que un día el Hno. Roger de Taizé se acercó a su casa. Lo vio. Lo oyó hablar. Miró aquel cuerpecillo agarrotado. Tomó la pluma y escribió en la pantalla de la lámpara que alumbraba desde el rincón la mesa donde Lolo trabajaba: “Lolo, sacramento del dolor”.



Algunos se asustan ante la palabra milagro, cuando “la cuestión no es que no sucedan los milagros, sino que la gente los llama de algún otro modo”. A mí y a muchos nos convendría una inyección de fe en lo cotidiano para ver a Dios hasta en el más negro perfil de las horas.



Aquí tenemos el prurito de valorar las cosas por el brillo que da lo singular, lo único. Se saca en cualquier reunión una perla del tamaño de un garbanzo y en el ¡oooh...! de la envidia se paga y se crece la recompensa. Tú, lo tuyos lo pones al revés: eres de todos y tu valor se agiganta cuando todos te poseen.



Si cada altar es un Gólgota diario, la compasión de Dios, su padecer, con nosotros, dentro de nosotros, se realiza en cada aldea, cada habitación y cada hombre que se mueve bajo el sol.



De aquí que, cuando sobre la corteza desciende, al fin, la sombra rotunda de una cruz y ciertos labios le cincelan la fórmula eterna de una consagración, se cumple, sencillamente, la maravillosa transmutación en Carne de Dios, y lo que solo era materia apetecible, pasa a ser sangre y Cuerpo a la mano, portentosamente multiplicados y capaces de elevar y divinizar a todo el que de ellos quiera saciarse.



Y sin embargo, este pan prodigioso, de fácil accesibilidad y contenido infinito, está ahí, intacto, con su inmensa fuerza operante, esperando solo a que a nosotros se nos cambie el deseo y nos nazca una verdadera hambre de eternidad.